

# HUMANITAS

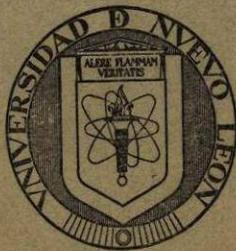
ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
PEROTECA



*Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria*

6



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1965

## EL PAISAJE EN LA POESÍA DE ANTONIO MACHADO

LIC. EDUARDO GUERRA CASTELLANOS  
Universidad de Nuevo León

NO INDICAREMOS DATOS TEÓRICOS acerca de la poesía. No. Más bien, recordaremos a un Hombre, con mayúscula si se quiere; a un espíritu amplio, fuerte y enigmático: Antonio Machado y Ruiz, ese gran poeta de la Generación del 98 en España.

La inclusión de Antonio Machado dentro de la Generación del 98 no puede discutirse a estas alturas. Asimismo, no entraremos en disquisiciones sobre la existencia o no existencia de dicha Generación, puesto que ha sido probada y comprobada casi exhaustivamente por muchos autores. El hecho evidente, que nos conviene señalar, es que existe un grupo de escritores españoles de finales del Siglo XIX que están unidos por ideales comunes y por una norma estética revolucionaria frente a las categorías establecidas; asimismo, que una de las figuras centrales de ese grupo, en la que se muestran esos ideales con una fuerza extraordinaria, es Antonio Machado. Tanto las fuentes de su inspiración poética como sus normas filosóficas responden a los ideales del grupo: reacción frente al Positivismo dominante, redescubrimiento de una España esencial, manejo de un lenguaje poético renovador, recurso a una filosofía existencial y predominantemente temporal y, finalmente, valoración exacta de lo que constituye una España abierta frente al mundo, que se descubre a sí misma interpretando y revalorando su pasado.

Antonio Machado y Ruiz no elaboró, en sentido estricto, una poética nueva ni formuló, en su ideario estético, principios que pretendiesen tener una validez universal. No. Antonio Machado, hablando por medio de sus apócrifos —personajes misteriosos en sus características individuales— Juan de Mairena y Abel Martín, sienta los fundamentos generales de una nueva poesía, que no es precisamente la Modernista, sino otra más esencial que busca contenidos fundamentales sin despreciar estrictamente lo formal. Esa poesía que se incluye en la Metafísica o, como diría Machado, esa Metafísica que es

poesía pura y verdadera. De aquí la importancia que tiene la relación de poesía con filosofía, que en última instancia se viene a convertir en punto central de la preocupación de Machado. En algún caso, como se anota en su producción poética, Antonio Machado es fiel discípulo de Henri Bergson, en otros se adelanta felizmente a los postulados de la filosofía existencial de Martín Heidegger.

Por lo que vemos, la personalidad de Antonio Machado está llena de complejidades. Pero como ya hemos dicho, no hablaremos de tecnicismos teóricos. No. Solamente recordaremos con sencillez de espíritu a un Hombre verdadero cuya obra nos ha dejado un sentimiento amplio, amargo y dulce a la vez en nuestro corazón.

Empecemos, pues, tomados de la mano, a penetrar en lo interno y esencial de Antonio Machado, en su verdadero espíritu.

*Mi infancia son recuerdos  
de un patio de Sevilla,  
y un huerto claro donde  
madura el limonero;  
mi juventud, veinte años  
en tierras de Castilla;  
mi historia, algunos casos  
que recordar no quiero.<sup>1</sup>*

Antonio Machado había nacido en Sevilla el año de 1857. A los 8 años de edad se traslada a Madrid donde estudiará en la Institución Libre de Enseñanza. Su infancia, pues, no es sino un recuerdo lejano, aunque presente, claro está, de Sevilla. Luego, veinte años, su juventud, en tierras de Castilla. ¿Y su historia? —casos que no quiere recordar—. No por olvido, no por desinterés, sino por dolor, por angustia.

La historia de Antonio Machado está llena de dolorido penar. Primero la muerte de su esposa; luego, el penetrar a una realidad nunca soñada: La Filosofía de la existencia: ¡Heidegger! ¡Nietzsche! Para, por último, enfrentarse a una guerra entre hermanos.

Pero prosigamos:

*Ni un seductor Mañara  
ni un Bradomín he sido  
—ya conocéis mi torpe*

<sup>1</sup> MACHADO, ANTONIO, *Poesías Escogidas*. Tercera Edición. Edit. Aguilar, Col. Círculo, núm. 221. Valencia, 1958, p. 147.

*aliño indumentario—,  
mas recibí la flecha  
que me asignó Cupido,  
y amé cuanto ellas puedan  
tener de hospitalario.<sup>2</sup>*

Continúa Machado exponiendo su retrato interior, su retrato del alma. El no ha sido un seductor, a la manera de un Don Juan, o un Mañara, que atrae a las mujeres por su desenfreno amoroso. No. Antonio Machado es una persona acomodada psíquicamente. El ha amado como cualquier hombre que recibiera "La Flecha que le asignó Cupido". Y por eso nos dice que amó en tal forma y de tal manera. No era pues, un misógino, un descentrado y acomplejado por las circunstancias.

*Hay en mis venas gotas  
de sangre jacobina,  
pero mi verso brota  
de manantial sereno;  
y, más que un hombre al uso  
que sabe su doctrina,  
soy, en el buen sentido  
de la palabra, bueno.<sup>3</sup>*

La formación de Machado, hemos dicho, fue impartida por la Institución Libre de Enseñanza. Institución que tenía una serie de grandes maestros que sustentaban ideas un tanto liberales. Así pues, Antonio Machado confiesa tener en su sangre ese liberalismo que aprendiera en su juventud, pero no por ello su verso está lleno de compromisos. Es "manantial sereno". Así pues, él es bueno.

*Adoro la hermosura,  
y en la moderna estética  
corté las viejas rosas  
del huerto de Ronsard;  
mas no amo los afeites  
de la actual cosmética,  
ni soy un ave de esas  
del nuevo gay-trinar.<sup>4</sup>*

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 147.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 147-48.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 148.

Es aquí donde Antonio Machado empieza a exponer su teoría literaria, por así decirlo. Machado, según lo confiesa, corta de su poesía lo malo y deja aquello que es benéfico, como lo es la influencia consciente de Ronsard. Asimismo Machado no soporta la poesía Modernista que en su tiempo ya sonaba, por su tremendo adorno, y es por eso lo de "los afeites", llamando a los seguidores de Rubén Darío y su Modernismo "aves del nuevo gay-trinar".

*Desdeño las romanzas . . . .  
de los tenores huecos  
y el coro de los grillos  
que cantan a la luna.  
A distinguir me paro  
las voces de los ecos,  
y escucho solamente,  
entre las voces, una.<sup>5</sup>*

Ya hemos apuntado que Machado no soporta la corriente Modernista y por ello desdeña a "los tenores huecos". Así pues, sólo escucha el eco y se detiene para distinguir una voz que es la suya propia.

*¿Soy clásico o romántico?  
No sé. Dejar quisiera  
mi verso, como deja  
el capitán su espada:  
famosa por la mano  
viril que la blandiera,  
no por el docto oficio  
del forjador preciada.<sup>6</sup>*

La pregunta surge. ¿Es Antonio Machado clásico o romántico? El mismo nos contesta que no sabe. Lo único que puede decirnos es que quisiera que su verso —la poesía— brotase espontáneo, limpio. Porque lo único que importa en su estética personal es esto y no el oficio de versificar.

Luego se pasa al plano espiritual. Imagen terrible de la poesía Machadina. Antonio busca la fe. Pero ¿qué es la fe? ¿Será acaso creer lo que no vimos? ¿Crear lo que no vimos, no! sino crear lo que no vemos. Crear lo que no vemos, sí, crearlo, y vivirlo y consumirlo de nuevo viviéndolo otra vez, para otra vez crearlo... y así. Veamos a Machado:

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 148-9.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 149.

*Converso con el hombre  
que siempre va conmigo  
—quien habla sólo espera  
hablar a Dios un día—;  
mi soliloquio es plática  
con este buen amigo  
que me enseñó el secreto  
de la filantropía.<sup>7</sup>*

Sí. Antonio Machado sólo conversa consigo mismo. Ese hombre solitario que siempre va con él. Su propia sombra. Y si habla, sólo espera hablar a Dios. A ese Dios que no existe en él, pero que él va a crear con su imaginación para tener fe.

El defiende su soledad, gusta de la soledad porque tiene que gustarla.

*Y, al cabo, nada os debo;  
debéisme cuanto he escrito.  
A mi trabajo acudo,  
con mi dinero pago  
el traje que me cubre  
y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta  
y el lecho donde yago.<sup>8</sup>*

Sí. Antonio Machado, nuestro poeta, no queda debiendo nada. El está solo. Los deudores somos nosotros que leemos sus poemas y que encontramos en ellos un complemento para nuestra soledad, un estímulo para nuestra conciencia estética. El, todo pagado, nada nos debe.

Y termina Machado con aquella cuarteta terrible para su vida. La anticipación de su muerte:

*Y cuando llegue el día  
del último viaje,  
y esté al partir la nave  
que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo,  
ligero de equipaje,*

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> *Ibid.*

*casi desnudo, como  
los hijos de la mar.*<sup>9</sup>

Aquí tenemos a Antonio Machado, listo para enfrentarse a la muerte, al final de su existencia. Como en efecto, muere en 1939, en otra tierra, bajo otros soles que no eran los suyos, sin un amigo. Así fue Antonio Machado. Un hombre en el tiempo, buscando la solución a su problemática vital. Sus 82 años fueron vividos en plenitud de ideales. 82 años que no significan nada en el tiempo físico, si no se toma en cuenta primeramente el "cómo" fueron vividos.

De ese espíritu claro que es para nosotros Antonio Machado, tal como lo hemos afirmado en un principio, hemos de estudiar aquello que más amó, aquello que se convirtió en el centro de su preocupación estética, y en el de toda la generación del 98: El paisaje, visto como trascendencia.

Ya hemos dicho anteriormente que para la generación del 98, de la cual participa nuestro poeta, el paisaje vale en cuanto tiene un mensaje extra-estético. El paisaje causa una emoción que no es estética completamente, más bien es mística, histórica, moral.

Ese paisaje que canta la Generación del 98 es el Castellano. Un paisaje triste que se deriva de razones muy distintas a la realidad objetiva. Ese paisaje les causa a los miembros de la generación, pesimismo, y, además, se refleja como desesperanza ante el porvenir. El paisaje, así visto, trasciende hacia lo suprasensóreo. Es decir, aquí ya no importa el paisaje como tal, sino lo que dentro de esa experiencia sensible se puede contener de sentimiento del alma. La vibración material no es sino un reflejo de lo que dentro de sí comporta.

Veamos un poema de Machado:

*Es una tarde mustia y desabrida  
de un otoño sin frutos, en la tierra  
estéril y raída  
donde la sombra de un centauro yerra.  
Por un camino en la árida llanura,  
entre álamos marchitos,  
a solas con su sombra y su locura  
va el loco, hablando a gritos...*<sup>10</sup>

Antonio Machado para darnos esa ambientación especial tuvo antes que

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> MACHADO, ANTONIO, *Poesías Completas*. Cuarta Edic. Edit. Lozada. Buenos Aires, Argentina, 1958, pp. 99-100.

sentir la tarde etérea, amarga. Los árboles, aquí, no pueden dar fruto; la tierra está estéril; las hojas de los árboles marchitas. Pero

*tras la tierra esquelética y sequiza,  
rojo de herrumbre y pardo de ceniza  
hay un sueño de lirio en lontananza.*<sup>11</sup>

Aquí vemos cómo el sentimiento del poeta ha sido transferido al paisaje. El loco, ese hombre que huye de la ciudad, nunca antes pudo haber sido descrito como ahora: a través del paisaje. Esas palabras utilizadas por Machado no sólo nos dan la idea de sus sentimientos, sino que nos dan la vivencia personal. El ambiente propicio.

El paisaje en la poesía de Antonio Machado toma además otras características: es temporal. Bástenos recordar ahora que Machado es el poeta del tiempo. Y "Ese empeño que en Machado había de acentuar la temporalidad de todos los elementos de su poesía le llevó, como era natural, a un planteamiento también temporalista del espacio, o, para decirlo con más precisión, del paisaje. Porque, en efecto, el paisaje, según él, debía igualmente ser expresado por el poeta de modo temporal. Y es que sucede, explicaba Mairena, que el campo obliga al poeta 'a sentir las distancias —no a medirlas— y a buscarles una expresión temporal, como, por ejemplo:

*El día dormido  
de cerro en cerro y sombra en sombra yace*

que dice Góngora, el bueno, nada gongorino, el buen poeta que llevaba dentro el gran pedante cordobés'.

En la obra de Antonio Machado abundan los ejemplos de esa manera de sentir las distancias, sólo que, a veces, la expresión temporal de las mismas es todavía tenue, disimulada como en los casos siguientes:

*Ya su perfil zancudo en el regato,  
o en el azul el vuelo de ballesta,  
o, sobre el ancho nido de ginesta,  
en torre, torre y torre, el garabato  
de la cigüeña...*

—  
*El plumizo balón de la tormenta  
de monte en monte rebotar se oía.*<sup>12</sup>

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>12</sup> ZUBIRÍA, RAMÓN DE, *La Poesía de Antonio Machado*. 2a. Edición. Edit. Gredos

Ahora bien, en la obra de Machado se pueden observar dos fenómenos que analizaremos por separado: el paisaje objetivo y el paisaje subjetivo.

Entendemos por objetivo lo que realmente es así. Lo que la vista capta sin que para ello penetre nuestro juicio axiológico. Es la cosa vista tal como es en su realidad propia, en su ser mismo. Por lo tanto, el paisaje visto de tal manera será el paisaje como es, sin que lo veamos con los ojos de nuestro yo interno y valorativo.

En Antonio Machado, poeta observador de la Naturaleza que le rodeaba, podemos encontrar pocos ejemplos de un paisaje objetivo.

Porque si Machado observó la naturaleza, fue en función de una idea más allá de lo estético propiamente dicho. Sin embargo, veamos algunos ejemplos del paisaje objetivo interpretado por Machado:

*Húmedo está, bajo el laurel, el banco  
de verdinosa piedra;  
lavó la lluvia, sobre el muro blanco,  
las empolvadas hojas de la hiedra.*

*Del viento del otoño el tibio aliento  
los céspedes ondula, y la alameda  
conversa con el viento...  
¡El viento de la tarde en la arboleda!*

*Mientras el sol en el ocaso esplende  
que los racimos de la vid orea,  
y el buen burgués, en su balcón, enciende  
la estoica pipa en que el tabaco humea.*

*Voy recordando versos juveniles...  
¿Qué fue de aquel mi corazón sonoro?  
¿Será cierto que os vais, sombras gentiles,  
huyendo entre los árboles de oro?<sup>13</sup>*

Aquí el paisaje se nos presenta casi fenomenológicamente. Es el objeto y nada más que el objeto. Sin embargo, el terceto final de este poema ya no implica paisaje, sino un pensamiento del propio poeta con respecto a su pasado inmediato. ¡El tiempo...! En el poema se nos narra una tarde de otoño, después de una lluvia, en un jardín. Pero luego entra la meditación y el poema de objetivo se nos ha convertido en subjetivo.

(Biblioteca Románica Hispánica, Col. Estudios y Ensayos No. 21). Madrid, 1959, pp. 174-175.

<sup>13</sup> MACHADO, ANTONIO, *Poesías Completas*, p. 81.

Veamos otro poema:

*Los árboles conservan  
verdes aún las copas,  
pero del verde mustio  
de las marchitas frondas.*

*El agua de la fuente,  
sobre la piedra tosca  
y de verdín cubierta,  
resbala silenciosa.*

*Arrastra el viento algunas  
amarillentas hojas.  
¡El viento de la tarde  
sobre la tierra en sombra.<sup>14</sup>*

Este poema es más objetivo. Se nos narra un estado de la naturaleza. Sólo se está describiendo, sin entrar a rasgos propios del alma del poeta. Sin embargo, volvemos a ver que hay algo que es subjetivo: el poeta ha tomado un momento determinante de la naturaleza que muy probablemente esté relacionado con su alma. Basta ver las expresiones que utiliza: "verde mustio", "Tierra en sombra". Estas locuciones nos muestran más que el estado del paisaje, el estado del alma de Antonio Machado. Este poema que acabamos de considerar es de tristeza, de melancolía.

Pero veamos este otro poema:

*Desgarrada la nube; el arco iris  
brillando ya en el cielo,  
y en un fanal de lluvia  
y sol el campo envuelto...<sup>15</sup>*

Aquí sólo entra el paisaje. La objetividad se va logrando, pero ¿cómo?

El poeta nunca puede liberarse de su propia sombra. De su yo cotidiano. De allí podemos colegir que es casi imposible que Antonio Machado escribiese poemas de paisaje plenamente objetivo. Sólo a través de la despersonalización, de la descensión al plano inferior es como se puede lograr la objetivación del paisaje.

Si lo objetivo es lo que es, sin que para ello utilice el poeta su juicio valo-

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 66.

rativo, lo subjetivo será todo lo contrario. El poeta ve la cosa y la juzga conforme a su plano axiológico. Lo ve a través de su propia individualidad y, sobre todo, lo interpreta conforme su estado se lo indique. El paisaje visto subjetivamente se nos presentará con matices siempre nuevos. Ya no será el árbol tal, sino un árbol particular y concreto que sea expresión de lo individual, de lo axiológico. Es, por decirlo así, una imagen visionaria, es decir, una imagen irracional, subconsciente. Mas ésta, recordémoslo, debe ser —y en Antonio Machado lo es— universal. La imagen visionaria es la imagen contemporánea.

Este tipo de visión nos llevará en Antonio Machado a considerar el paisaje como interpretación del problema de España. Aquí el paisaje juega el papel más importante, porque es a través de él que siente la problemática de España Antonio Machado.

En primer término hay que mencionar que el paisaje de Castilla será el impulso vital de Machado. Es en Castilla donde encuentra un paisaje peculiar, posiblemente doloroso, que lo llena de melancolía, pero que al mismo tiempo lo lanza en un afán de lucha contra sí mismo y contra los demás. Es el paisaje árido de Castilla la inspiración más honda de Machado para conjugar la problemática española:

Veamos un poema:

*¡Soria fría, Soria pura,  
Cabeza de Extremadura,  
con su castillo guerrero,  
arruinado, sobre el Duero;  
con sus murallas roídas  
y sus casas denegridas!*

*...  
¡Soria fría! La campana  
de la audiencia da la una.  
Soria, ciudad castellana  
¡tan bella! bajo la luna.<sup>16</sup>*

Aquí el sentimiento imperante está en la cadencia. El ritmo. Pero también en el paisaje. Todo está tranquilo. La luna machadina, sobre Soria, nos da ese impulso hacia lo trascendente. Todo es tranquilidad, pero también hay desasosiego. Se puede notar esa pequeña angustia en el alma de nuestro poeta. Algo que aunque no es visible se deja sentir, porque recordemos que nuestra emoción en toda imagen visionaria, contemporánea, es independiente y previa

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 108-9.

al reconocimiento intelectual del parecido objetivo que pueda ofrecer la comparación entre el plano real y el plano evocado. Aquí se nos invita, en cierta forma, a la meditación. Algo hay bajo ese cielo, bajo esa luna...

En otro poema encontramos con más claridad el estado anímico de Machado a través del paisaje:

*Allá, en las tierras altas,  
por donde traza el Duero  
su curva de ballesta  
en torno a Soria, entre plomizos cerros  
y manchas de ráidos encinares,  
mi corazón está vagando, en sueños...<sup>17</sup>*

Lo ráido, lo triste, ya no es sólo del paisaje, sino del alma misma. Se puede ver, a través de la ambientación, cómo nuestro poeta se siente solitario junto al Duero.

Y luego:

*¡Oh Duero, tu agua corre  
y correrá mientras las nieves blancas  
de enero el sol de mayo  
haga fluir por hoces y barrancas,  
mientras tengan las sierras su turbante  
de nieve y de tormenta,  
y brille el olifante  
de sol, tras la nube cenicienta!...<sup>18</sup>*

Aquí ya hay una mayor proporción hacia lo trascendente. Los primeros verbos "corre y correrá" nos indican un destino preestablecido. Ahora bien, no sólo sentimos el paisaje y oímos el correr de las aguas del Duero, sino que también vemos y palpamos un camino muy otro al del paisaje: El camino de España. Hay en este poema un dejo de amargura, pero también hay esperanza.

Y luego:

*...  
¡Alamos del amor que ayer tuvisteis  
de ruseñores vuestras ramas llenas;  
Alamos que seréis mañana liras  
del viento perfumado en primavera;*

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 94.

álamos del amor cerca del agua  
que corre, pasa y sueña,  
álamos de las márgenes del Duero,  
conmigo vais, mi corazón os lleva!<sup>19</sup>

Los árboles significan no sólo lo que son, sino también hombres. Hombres, nos dice Machado, cerca del agua... cerca del tiempo... "que corre, pasa y sueña". Son árboles que llevan sobre sus hombros —¿por qué no?— el peso de la historia de España. Esos árboles u hombres mañana serán los cantores de la belleza o ruina de la tierra.

Aquí está una visión del paisaje subjetivo en Antonio Machado. Su situación de poeta lo coloca en una posición difícil: no puede cantar el paisaje objetivo sin entrar en el juicio axiológico que lo convierte en subjetivo.

Como podemos ver por lo anteriormente dicho, Antonio Machado es un poeta de lo interior, de lo subjetivo. Y esto no es nada raro: recordemos que la generación del 98 tiende hacia esa subjetividad precisamente porque el paisaje —como lo hemos dicho— es interpretado como trascendencia hacia lo suprasensóreo. El paisaje siempre será en Machado una forma abierta para incluir sus sentimientos y sus juicios sobre valores. El Paisaje de Machado comporta en sí toda la carga de la historia de España.

Del contexto anterior surge un problema: ¿De qué manera —nos podríamos preguntar— se puede hacer una correlación entre el plano objetivo y el plano subjetivo del paisaje?

Creo yo que esta correlación se puede encontrar en la siguiente fórmula: Mientras más alejado está nuestro poeta de su propia personalidad, mientras más en descenso esté hacia lo inferior al hombre, más objetivo se convierte su canto al paisaje. Mientras más cerca de sí y de los problemas que lo afectan íntimamente, más cerca estará de lo subjetivo su poema.

La producción poética de Antonio Machado presenta una unidad perfecta, pero, sin embargo, se puede notar bien ese proceso de descensión hacia lo inferior, hacia las cosas, y también el proceso contrario —el de ascensión—, hacia lo trascendente. Esto, lejos de lo que podríamos pensar acerca de quitarle unidad a la obra Machadina, la unifica más. Casi podríamos decir que es una especie de penduleo entre los dos polos: *Lo objetivo y lo subjetivo*.

Ahora podemos afirmar que un poema que tiene como característica su acercamiento a las cosas, es un poema objetivo, pero, cuando el poema está cargado de emotividad, de interioridad misma ya se ha trasladado hacia lo trascendente. Ya no es éste una narración sucinta de un hecho o cosa deter-

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 110.

minado, sino la interpretación axiológica que el poeta ha querido darle a cada palabra, y más que a cada palabra al conjunto, es decir, al poema.

Junto a esos dos polos se me presentan otros dos aspectos que quisiera tratar aquí mismo, porque ellos están de manera directa ligados al paisaje de Machado: *Lo estático y lo dinámico*.

Entiendo lo estático en el paisaje poético de Machado como lo que está allí. Lo que no se mueve. Lo que no cambia. Lo que no se puede incluir dentro del devenir. Lo dinámico, por el contrario, es el continuo movimiento, el empuje, la fuerza, el devenir mismo. Pero entiéndase bien, aquí no hablo del estatismo y dinamismo de los objetos, sino de la mente, del pensamiento, o para decirlo mejor, del sentimiento.

Cuando nosotros penetramos con ojos sensitivos a la poesía de Antonio Machado, encontramos estos dos elementos presentes juntos y en contra-posición a la vez.

En la poesía de Antonio Machado un paisaje puede ser estático y al mismo tiempo dinámico. Es decir, el paisaje para nuestros ojos profanos está allí, y, sin embargo, tiene un movimiento propio que me atrevería a calificar de sentimental.

Veamos estos procesos:

*Es el hospicio, el viejo hospicio provinciano,  
el caserón ruinoso de ennegrecidas tejas  
en donde los vencejos anidan en verano  
y graznan en las noches de invierno las cornejas.*<sup>20</sup>

En el primer verso encontramos el verbo "es". Este verbo juega un papel importante. A través de él nos podemos dar cuenta de que Machado aquí trata solamente de describir la vieja casa donde está enclavado el hospicio. El verbo "ser" utilizado así nos da la idea de estatismo. Las cosas que se van a describir están así y allí tal como las vio y captó la mente poética de Antonio Machado.

No importa, ciertamente, que los vencejos aniden y graznen las cornejas. El hecho cierto y único es que "es" el hospicio, y nada más.

*Con su frontón al norte, entre los dos torreones  
de antigua fortaleza, el sórdido edificio  
de agrietados muros y sucios paredones,  
es un rincón de sombra eterna. ¡El viejo hospicio!*<sup>21</sup>

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>21</sup> *Ibid.*

El verbo ser de nuevo está utilizado. El viejo hospicio —nos dice Machado— “es un rincón de sombra eterna”. Se puede decir que el edificio está cumpliendo su misión: *ser*. Pero dentro de ese edificio hay gente enferma de soledad y angustia. Rostros que se asoman “A contemplar los montes azules de la sierra”.

Aquí la contraposición es clara: El edificio solo y viejo que sencillamente *es*, y la gente, los rostros pálidos que sus paredes encierran, que se asoman, que se mueven en busca de ese algo perdido tras el paisaje, que *se mueven*, son dinámicos.

En otro poema:

Una larga carretera  
entre grises peñascales,  
y alguna humilde pradera  
donde pacen negros toros. Zarzas, malezas, jarales.  
Está la tierra mojada  
por las gotas de rocío,  
y la alameda dorada,  
hacia la curva del río.  
Tras los montes de violeta  
quebrado el primer albor;  
a la espalda la escopeta  
entre sus galgos agudos, caminando un cazador.<sup>22</sup>

Lo interesante en este poema es el poco uso de verbos. Uno solamente es de movimiento: *Caminando*. Los demás sólo nos dan idea de estatismo. Hay que observar que por un momento la poesía nos da la idea de faltarle algo. Sobre todo los cuatro últimos versos. Sin embargo, la poesía está completa.

La explicación que se puede dar a este fenómeno es sencilla: el poco uso de verbos. El verbo caminar, indicador de movimiento en este poema, parece no haberle importado mucho a nuestro poeta.

Su idea era el paisaje. Así, la carretera rodeada de rocas y maleza y la tierra que está mojada, y el color oro de los pastos tienen más preferencia. Lo estático es lo que importa, pero también hay dinamismo. Así, un hombre, un cazador, que va caminando. La idea de movimiento ya está dada.

Lo que nos hace falta cuando leemos este poema de prisa es un verbo que auxilie a “*caminando*”. Lo extraño es que cuando se lee por segunda o tercera vez, el auxiliar ya no falta. ¿Por qué? Muy sencillo. El verbo estar ya

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 103.

ha sido utilizado unos cuantos versos arriba. Aun por su lejanía llega a influir en cierta forma al gerundio simple “*caminando*”.

En conclusión, podríamos apuntar que cinco son los elementos que comporta el paisaje interpretado por Antonio Machado: *El tiempo*, que se me aparece como función estética y lírica en la producción poética de Antonio Machado.

*La objetividad*, que la veo como elemento de formación y enriquecimiento poético.

*La subjetividad*, que se vislumbra como material íntimo del alma poética.

*El estatismo*, que aparece como base o cimiento del equilibrio histórico planteado como problemática por la Generación del 98, de la cual participó Antonio Machado.

Y por último *el dinamismo*, que se reduce a esa fuerza interior que está en continua y estrecha relación con lo temporal.

Cinco elementos, todos ellos localizados y conformados en el alma poética de Antonio Machado.

Aquí tenemos, pues, una visión imperfecta, si se quiere, del objeto amado con pasión poética por Antonio Machado: *El paisaje*. No hemos descubierto nada nuevo, pues sólo apuntamos aquello que apareció con más firmeza ante los ojos de nuestro corazón.

Valga, pues, este esfuerzo animoso como un pequeño, un humilde homenaje, para ese nuestro poeta Antonio Machado. Que esto sea lo único que nos justifique.